

Cuentos & Cuentistas

Robert Coover y el jadeo postmodernista

Bartolomé Leal desde Santiago

Las décadas de los 60 y 70 del siglo XX testimoniaron una de las primeras manifestaciones de la globalización y constituyeron décadas contestatarias en muchas regiones del planeta. Los 60 marcaron, sobre todo, los usos y las costumbres, las morales e ideales; la década de los 70, fundada en la anterior, puso énfasis en lo político contingente y los afanes revolucionarios. Las artes también respondieron a esos cambios, en la música y la literatura, la moda y la escena. La relación con la naturaleza también evolucionó. El hippismo aportó una forma integral de afrontar tales novedades, como lo hizo también el compromiso político. Por estos lados se llegó a afirmar que el ideal del intelectual latinoamericano se llamaba Che Guevara... Los hippies y los ecologistas primigenios respondieron con la “revolución de las flores”.

En la literatura narrativa, ¿qué pasó? Mucho. Fue recién en la segunda mitad del siglo XX que se asumió plenamente el legado de los grandes zapadores de la tradición narrativa decimonónica, que había llegado a una etapa de saturación de realismos, naturalismos, y otros ismos, reverencias al “mundo real” o a la búsqueda de la “verdad”. Joyce con su devastación del lenguaje en que se funda, y Kafka con la demostración del absurdo de tal realidad; Faulkner con el quiebre de la forma narrativa para exhibir la lógica tortuosa de la fe religiosa o la locura hereditaria; Conrad demoliendo el sueño imperial, escribiendo insolente en su inglés-polaco; Nabokov con su inglés-ruso y sus lúbricas impúberes machacando la ética protestante; Robbe-Grillet, hoy algo olvidado, acabando con lo más sagrado: el argumento. Todos ellos, tan queridos, más otros escritores, cambiaron la literatura. Entre los nuestros, floreció una pléyade de rupturistas que se llamaron Borges, Cortázar, Rulfo, Arreola, Sáenz, Lezama Lima, Guimarães Rosa y unos pocos más.

Hablemos de Robert Coover, norteamericano de Iowa, nacido en 1932, profesor de literatura y auténtico campeón de la vanguardia en su país. Para ser consecuente con su propuesta crítica, y siempre de espaldas al mercado, las ha emprendido desde sus primeras obras publicadas en los 60, con todo lo que significa el realismo en su versión

tradicional. De allí, para empezar su intento de fusión de los elementos que configuran el material narrativo, lo cual incluye el tema elegido, la forma de contarlo, la frontera entre lo verdadero y lo falso, la secuencia temporal; sin excluir al lector (que resulta confundido) y al escritor (que reflexiona ahí mismo en el relato sobre su forma de relatar). Coover propone una teoría interesante, que esboza en su volumen de cuentos *El hurgón mágico* (1969), donde explora distintas formas de socavar el cuento por dentro para crear una nueva forma de escribirlo.¹ Plantea: “El narrador utiliza formas familiares míticas o históricas para combatir el contenido de esas formas, para conducir al lector de la mistificación a la aclaración, de la magia a la madurez, del misterio a la revelación”.

Su aplicación de tal principio se traduce en una propensión a hacer de su oficio narrativo un compendio de las excentricidades narrativas heredadas de sus mayores (ver supra), se revela bastante bromista a ratos, críptico y solapado, como los agraciados y atrayentes relatos que pergeña en tanto reelaboraciones de algunos eventos particularmente desquiciados y delirantes de la Biblia (por ejemplo, el episodio del arca de Noé en “El hermano”, o la concepción virginal de Jesús de Nazareth en “El matrimonio de J”); o lecturas eróticas y desfachatadas de cuentos infantiles (“La puerta” y “La casa del bizcocho”). El “hurgón mágico”, que da título al libro, se acerca al cuento de misterio, aunque plagado de desdoblamientos, símbolos que a menudo son trampas verbales, objetos de extraños poderes (como el hurgón = atizador del fuego, estoque), indagaciones que cuestionan el mundo percibido por los sentidos o explicados por la razón. Dentro de una estética que busca sobre todo romper moldes, se permite cambiar los rasgos físicos de ciertos personajes, hacer que dos tengan el mismo nombre, o que un episodio fundamental quede incompleto al acabar el relato. Coover no teme dotar de complejidad al acto de leer.

Nada de eso le impide ser ferozmente crítico de la sociedad norteamericana y su culto a la violencia, la intolerancia y el racismo, como en el kafkiano “Un accidente pedestre”; o en “La babysitter”, tenebroso himno a la hipocresía. Hay mucho más en este libro, fascinante como un laberinto. Así los “Siete relatos ejemplares”, dedicados con respeto, como no, a Miguel de Cervantes, autor del Quijote. Dice Coover: “Nos enseñáis con el ejemplo, Maestro, que las grandes obras narrativas permanecen llenas de sentido a

¹ Seix Barral Editores, Barcelona, 1978.

lo largo del tiempo como un lenguaje-proyección entre generaciones, como un arma contra las zonas marginales de nuestra conciencia, y como un reforzamiento mítico de nuestra tenue comprensión de la realidad”. Coover practica, siguiendo a Cervantes, lo que se suele llamar “metaficción”. Y su especialidad como profesor de literatura es el “hipertexto”. Un “postmodernista” integral.

Pero Robert Coover, siendo un autor de muchos registros, tiene aún más que mostrar en el campo del relato corto. En 1987 publica otro volumen de cuentos, titulado en traducción *Sesión de cine*.² El escritor no ha perdido su capacidad de masacrar. Ha afirmado que este libro es su favorito. Le permitió reflexionar sobre un tema que le apasiona: la relación entre cine, arte y vida. Pues a ponerse los cinturones de seguridad, porque el despiadado Mr. Coover se lanza con todo. Para comenzar, en este libro no hay índice sino programa. Un programa de cine completo, como se hacía antaño, con sinopsis, dibujos animados, documental e interludio musical. Luego viene el noticiero de actualidades, para llegar al plato de fondo: ¡AVENTURA!, ¡COMEDIA!, ¡AMOR!

La misma revoltura iconoclasta que había desplegado antes, que le sirviera para descalabrar la vida escondida en la literatura (y viceversa), la despliega ahora para interpretar al cine como un espejo de la realidad, un reflejo lúcido aunque loco del mundo. No obstante, cabe señalar que lo hace en este libro con mayor cuidado por la salud mental del lector, su forma de narrar se ha vuelto más amable y coherente.

El suntuoso relato “El fantasma del palacio del cinema” nos hace vivir la aventura de un operador de un viejo teatro, que se ve acosado por miles de escenas de películas, personajes y paisajes, proyectores y retretes, telones y rollos, en un caos de sucesos que nos parecen reconocibles, pero que no pertenecen a filmes específicos, con título, digamos. Aunque pudieran serlo. Eso no le interesa al autor, no escribe para hacer guiños con lo obvio. Tampoco para mostrar erudición cinéfila. Coover se mete en el inconsciente individual y colectivo. Como pocos autores nos indaga a mansalva.

“Después de Lázaro” es también notable, un relato de resonancias evangélicas protagonizado por una cámara que registra una historia gótica, espectral, en el estilo del expresionismo alemán, inteligentemente relatada en blanco y negro. Sí. Se puede, compruébenlo. Hay en el libro también un *western* auténtico, titulado “Duelo en Gentry’s

² Editorial Anagrama, Barcelona, 1993.

Junction”, enfrentamiento que se da entre un sheriff enamorado de una ex-virgen, desflorada por el hediondo don Pedro el Mexicano, el peor villano que puede haber sido concebido por el mejor guionista. Pero un guionista pervertido, que hace triunfar al mal.

Dos de sus cortometrajes, “Dentro del encuadre” y “Fundidos encadenados”, son aplicaciones a la narración literaria de esas técnicas cinematográficas. Y “Charlot en la casa del pesar”, bueno... No tengo espacio para contarles todo el programa, pero para los lectores y lectoras aficionados a la literatura de vanguardia y al cine sin exclusiones, no puedo dejar de recomendar con calor este libro. Trae una que otra lección importante, además. Una lección de modestia: “Después de todo, ¿qué es la vida sino una caravana de falsificaciones verosímiles?”, dice Robert Coover.

